Año I — Buenos Aires, 15 de Junio de 1917 — Núm. 6

ALBORADA



SUMARIO

ALBORADA

Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Directora: Mercedes Gauna - Administrador: B. Pereira

AÑO I — BUENOS AIRES 15 DE JUNIO DE 1917 — N.º 6

EL HOMBRE Y LA LEY

(Para el pueblo)

Es concepto marcadamente acentuado, de que las leyes son necesarias e indispensables, a fin de garantir el orden y la armonía en el desenvolvimiento humano. No es cierto que las leyes sancionadas por los hombres llenen el cometido de tan elevada misión, ni es positivo que los hombres impriman a las leyes tal propósito.

Si las leyes que nos rigen fuesen un derivado de las leyes de la «Naturaleza», la cual no hace distingos entre los hombres; en ese caso los hombres hubiésemos llegado a la cima de la racional, científica y humana perfección; pero (desgraciadamente) las leyes artificiales que nos rigen son un resultado, un aborto monstruoso y detestable, de los hombres del dominio de todos los tiempos y épocas.

¡Pueblo bonachon!, ¡manso rebaño!; ¡eterna carne de martirio, dolor y sufrimiento!... ¿Aún no te apercibiste que eres un suicida despreciable?

¡ Sí; eres un suicida inconsciente, traicionas tus derechos, contribuyes al martirio de tu apreciable existencia, sin apercibirte en lo más mínimo, de que tú haces traición a tu vida, y a la de todos los desheredados de la tierra.

Eres una víctima digna de compasión porque eres esclavo inconsciente sin saberlo, pero resultas un oprimido despreciable, porque no haces el más mínimo esfuerzo para redimirte, libertarte.

El hombre no es un resultado de su propia voluntad, sino una consecuencia derivada de la enseñanza que recibe; las clases privilegiadas y mandatarias se abrogan el derecho de imprimir a la enseñanza el giro que a ellas conviene.

La enseñanza primaria y elemental, constituye la psíquis del pueblo, la manera de ser, sentir y pensar: de la misma manera que para construir una pieza fundida se hace primero el modelo para obtener la pieza que se desea, igualmente se procede con la Humanidad para imprimirle el pálpito y la visual que se desee.

La visual y el pálpito de la Humanidad están determinados por la enseñanza, de ahí que los portavoces del perfeccionamiento y redención humana, nos declaremos abiertos adversarios, de todas aquellas enseñanzas que envenenan los sentimientos del hombre, apartándolo del sano racionalismo y de las leyes de la Naturaleza.

El estudio científico, racional y humano, ha llegado a las convincentes e inconmovibles confirmaciones, de que todos los hombres nacen con idénticos derechos. Siendo tal confirmación un axioma que no admite lugar a dudas, ni a revocaciones, de ahí la sentida necesidad de rebelarnos contra las leyes artificiales que los hombres sancionaron, puesto que todas ellas constituyen un atentado contra la razón y el derecho del hombre.

El estudio humano e incorruptible, consolida la aseveración del «nacer todos con idénticos derechos»; mientras que viceversa, nuestro régimen y las leyes sancionadas, auspician y fomentan la desigualdad de clases y castas causa y origen de todas las guerras, odios, miserias, prepotencias y tiranías.

Científicos y anticientíficos, humanos y antihumanos, estudiosos y refractarios, analíticos y obtusos; todos en coro repetimos: «los hombres todos nacen con idénticos derechos», pero la amarga y desconsoladora realidad nos presenta a la Humanidad dividida en amos y sier-

vos, en hartos y hambrientos, en oprimidos y opresores.

La Humanidad al reconocer sus lacras lascivas y pestilentes, se avergonzó, cayo de su faz, la careta del despotismo brutal, pero sustituyó a sus tiránicos deseos el antifáz de la hipocresía refinada.

El esclavo no se llama más «siervo» hoy se llama asalariado, el cambio de nombre no suprimió su servidumbre. El «señor», en calidad de tirano ya no se llama tal; llámase patrón, más esto no mengua la eterna tiranía del amo.

A la imposición brutal le ha sustituído la «ley»: cuando los hombres íntegros en defensa de sus derechos desacatan, la «ley» aparece. ¿Quién aparece?... Aparece, no el bárbaro primitivo, imponiéndose con su fuerza brutal, aparece el «código penal» que igualmente aprisiona y tortura, y si la víctima se resiste, también mata.

De lo cual se deduce, que la tiranía y la esclavitud aún gravitan dentro de la gran familia humana; no es posible pensar humanamente elevado sin ser víctima directa de la injusticia transformada en ley, las oligarquías del medioevo para conservar su dominio, crucificaron a «Cristo» sin ley. La hipocresía refinada en el siglo XX fusila a un Ferrer con código y ley.

Aunque las formas y los medios hayan aparentemente cambiado, la tiranía y la esclavitud aún son un hecho, ¿qué diferencia puede existir entre un Cristo que se le clava en una cruz y un Ferrer que se le mata con plomo candente?

¿Qué variante puede haber entre una tribu que se la hace prisionera y se la somete a la esclavitud, y un pueblo que intenta rebelarse para redimirse y que una fuerza brutal organizada le vuelve, le torna a su estado de supeditación y servidumbre?

No existe diferencia alguna, aunque en la forma de imponerse se manifiesten aparentes variantes, el objeto que se persigue es exactamente el mismo, dominar, dominar y siempre dominar.

La Humanidad ha atravesado por tres períodos de dominio, primer período: la fuerza bruta inconsciente; segundo período: poder contemporáneo del clero y del papa, por medio del engaño y la hoguera; tercer período: dominio de la burguesía civil, por medio del mauser el código y la ley; en fin, dominio eterno: cinismo sin tasa, crueldad sin límite.

Sí todos sin excepción, aplaudimos las luchas sostenidas contra el despotismo y el error del pasado, ¿por qué pretendemos desconocer las justas causas que existen para combatir el error y la tiranía del presente?

Es que por sobre y encima de la sana razón y de las conveniencias sociales, están las bajas pasiones y mezquinos intereses del individuo, más esto no será una causa para que el mal sea eterno, no en vano existen hombres que sacrifican la tranquilidad y hasta la propia vida, propulsando con ahinco y tesón el ideal dignificante de la redención social.

Las leyes que establecen supremacías y privilegios son atentorias, y por esa misma causa habrán de desaparecer, para dar paso a una forma de sociabilidad que se halle en directa consonancia con las leyes de la naturaleza; o sea para que se convierta en una bella realidad y noble práctica, aquello de «todos los hombres nacen con idénticos derechos».

¿Qué el enemigo se resiste?, sus antecesores tiranos, también se resistieron, más ello no evitó ni logró impedir su caída, por consiguiente, la Historia con sus indiscutibles hechos viene a confirmar aquello de que: todo lo que sea o signifique una tiranía, no puede perpetuarse, por ley de evolución está llamado a desaparecer.

G. BIAGIOTTI.

La jornada del domingo

No haremos crónica. Es del dominio de todos el terrible suceso sangriento acaecido el domingo último. La policía de la Capital de la República Argentina, ha estado una vez más a la altura de su misión: asesinar al pueblo.

Nosotros no protestamos. Señalamos

el hecho bárbaro que no es sino un accidente entre los muchos, aunque menos ruidoso, resultado del estado de cosas en que vivimos, pero más que todo, es de lamentar el que de parte de los cobardemente agredidos haya faltado la rápida y enérgica reacción condigna de los salvajes desmanes de la policía. No son las lágrimas débilmente derramadas las que han de vindicar a las víctimas.

Ese muerto y esa joven herida constituirán una severa admonición para todos los anarquistas que en esta hora de luto sabrán lo que deben hacer.

EL PSICOANÁLISIS Y LA GUERRA

(Versión del francés por V. D., especial para «Alborada»).

Para combatir un mal humano, es necesario evitar sus verdaderas causas. Entre estas, el psicoanálisis señalado por el profesor Ch. Baudouin en «Le Carmel», ha arrojado una gran luz, que es llegado el tiempo de dar a conocer. El psicoanálisis ha sido descubierto por un médico de Viena (Austria), el doctor José Breuer, mediante la curación de una histérica grave, entre 1880 y 1882. En 1893, (Vorläifige Mitteilung. Neurologisches Zentralblatt), y en 1895, (Studien über Hysterie, Franz Deutike, Wien), ha publicado con S. Freud trabajos cuya lectura recomiendo a los hombre de ciencia, sobre todo, las páginas 15 a 30 y 161 a 222, de Breuer (1895), como modelos de buen espíritu científico.

Instituyendo el método de tratamiento llamado catártico, Breuer ha probado que, sobre todo en los histéricos, pero también en las personas afectivas (emotivas o apasionadas) — y ésta es casi la mayoría, — principalmente en aquellas cuyas pasiones adentradas no reaccionan suficientemente hácia afuera, estas pasiones tienen una gran tendencia a encerrarse, hasta puede decirse, a enclavarse en nuestra vida subconsciente (inconsciente, se dice comúnmente) y hasta a ser a menudo olvidadas enteramente. Ellas dejan, sin embargo, «engrammes» (recuerdos) latentes, tanto más intensos cuanto al principio han reaccionado menos hácia el exterior. Y estos «engrammes» son «ecforados» (rememorados), por lo común, por diversas acciones subconscientes bajo una forma completamente diversa de la primitiva, de suerte que el sujero les atribuye una causa lo más a menudo errónea. Ejemplos:

Alguién os abofetea. Devolvéis la bofetada insultándole. Esta es una reacción normal que borra rápidamente la emoción y no deja ni residuos latentes siquiera.

Una joven honrada, fué atacada por un individuo que, en una escalera, trató de violarla, sin conseguirlo. Poco después, en la obscuridad, un gato saltó sobre ella, en la misma escalera y ella tuvo una crisis nerviosa seguida de varias otras. Se atribuyó al gato, lo que había sido ocasionado por la tentativa de violación. Esto es lo que Freud llama la «conversión» de la emoción primitiva.

Semejantes conversiones que pueden llegar a ser muy numerosas, falsean cada vez más la apreciación de las personas que le rodean y la del sujeto mismo, acerca de la verdadera causa del mal o de las emociones subsiguientes.

La cólera, el terror, las pasiones sexuales, la angustia, etc., desempeñan un papel inmenso en todos los casos semejantes. Ahora bien, Breuer, Freud y otros, han demostrado que las emociones o pasiones así enclavadas, pueden permanecer latentes, olvidadas o no en el cerebro de los individuos, durante 10, 20, 30, 40 años y más. Un terror, por ejemplo, un atentado sexual, sufrido a la edad de cinco años, puede tener sus efectos todavía a los 50 y más años. Conozco yo mismo una señora de se-

senta y cuatro años de edad, la cual habiendo sido mordida en su juventud por un caballo malo, recorre siempre a pié la ciudad de Stockolmo, por temor latente de los coches y aún de los tranvías eléctricos (conversión).

El método catártico (purificador), consiste en investigar mediante el análisis del sujeto enfermo, de conversiones en conversiones posteriores, las emociones primitivas que han causado el principio del mal, y en hacerlas así revivir, en seguida, varias veces en toda su violencia de antaño. Se las hace así nuevamente conscientes, lo que, unido a la reacción, cura al enfermo, si éste no es demasiado viejo ni su mal demasiado antiguo. Los doctores Graeter y Frank, han probado que el psicoanálisis catártico en la hipnosis, era más activo y seguro que en el estado de vigilia. Se observan reacciones emotivas estupefaccientes que hacen salir violentamente de lo subconsciente antiguas emociones enclavadas; a menudo totalmente olvidadas y «purgan» así el enfermo, no sólo de ellas mismas, sino también de todas las «conversiones» subsiguientes.

En psicoanálisis, se entiende con el término «complexus», los estados afectivos complejos enclavados, derivados tanto de las emociones primordiales, cuanto de sus «conversiones» subsiguientes. Ellos se desencadenan bajo la forma de odio personal o colectivo, o bajo la de obsesión, angustía, alucinaciones, dolores y hasta parálisis.

Pero, ¿adónde queréis llegar, se me gritará? ¿En qué conciernen estas cosas a la guerra mundial? Paciencia; voy a ello.

Los estados afectivos son contagiosos por la voz y sobre todo por la prensa. Así llegan a ser colectivos. Ahora bien, toda colectividad, no existe sino por los individuos que la componen y nada es más falso que generalizar al conjunto, los atributos de cada uno. En todas partes son los afectivos, los apasionados, los que gritan más fuerte y escriben más violentamente (D'Anunzio, por ejemplo). Los histéricos, hombres o mujeres, desempeñan aquí el papel principal. La pasta de los carneros de Panurgo, solo sigue como la fuerza armada de Toepffer, que «sigue la costumbre», o todavía, como los carneros que siguieron el célebre capitán Kopenick.

Ahora bien, los histéricos y todos los apasionados, tienen su juicio falseado, en todo lo que concierne a su pasión (pueden, por lo demás, juzgar muy sanamente otras cuestiones), no solo sobre el objeto que designan actualmente como la causa de su afectividad, sino sobre todas las «conversiones» (Freud) pasadas y derivadas de una emoción primitiva, de la cual generalmente no tienen consciencia. ¿Es esto claro ahora?

Veamos las causas afectivas de la locura del «hasta el objetismo», del diplomático altamente situado, hasta el del último de los periodistas gritones y chauvinistas, y el de los rapazuelos que, en la calle, insultan a las gentes, gritándoles «sucio bocha». ¿Y al mismo tiempo, no se vé adónde nos conduce el psicoanálisis de estos locos, y adónde conduce la civilización de la humanidad entera con nosotros?

Es evidente que esto no es todo y que la ambición (la vanidad, es en sí misma una pasión) y los bajos intereses de las gentes, a menudo, pero no siempre, frías y serenas, desempeña el papel oculto de causa de guerra. Cuando no son por sí mismos histéricos, sádicos o epilépticos, preparan por lo común, fríamente, una parte del fracaso en el cual manejan los efectivos de los carneros de Panurgo, en su interés personal y con el auxilio de la prensa.

Más aún. El psicoanálisis desempeña un papel en los efectos de la guerra tanto como en sus causas. La guerra misma produce, cual chorro contínuo, innumerables emociones que se enclavan por lo porvenir en los cerebros de los hombres, de las mujeres y aún de los niños. Sin hablar de las conmociones cerebrales, consecutivas a golpes y traumatismos del cráneo, tenemos que citar los cañones, las ametralladoras, los asaltos infernales, género Verdún, Senlis, Louvain, la vida de las trincheras,

las persecuciones y las huídas de las mujeres, de los niños y de los ancianos, muriendo de hambre y de angustia, los Armenios, Rutenios, Judios, Poloneses, arrojados por el ejército ruso en retirada o maltratados por los turcos. Agreguemos también, los innumerables duelos dramáticos, el encuentro de las madres con sus hijos o con sus esposos ciegos o lisiados, las ruinas pecuniarias sumándose a las de las de las familias.

¡Qué fábrica de terribles complexus psicoanalíticos para la generación actual, aún en la tierna edad de la infancia! El método catártico de curación, es difícil; exige mucho tiempo y paciencia; pocos médicos son bastante psicólogos y bastante abnegados para llevarle a buen término. ¿Quién purgará a la humanidad de mañana de las acumulaciones, de las pasiones enclavadas en lo subconsciente de los cerebros de hoy?

La cuestión es más difícil de plantear que de resolver. Así, tenemos el deber de ponerla en claro lo más pronto posible sobre su cuenta.

Un peligro conocido, dice el proverbio, está medio vencido. Es necesario divulgar, no los entremeses sexuales, ni las interpretaciones de los sueños, ni las otras exageraciones que Freud y sus discípulos han agregado más tarde a los trabajos primitivos citados más arriba, sino el análisis individual catártico de Breuer, análisis que cualquier persona puede hacer reposadamente, por una vuelta reflexiva sobre sí misma y sobre sus emociones pasadas. Numerosos enfermos completan o terminan por sí mismos, de este modo, su psicoanálisis y por ahí su curación.

La comprensión y el reconocimiento de la causa, ayudan de esta manera a hacer que cese el efecto.

Y lo que es cierto para los histéricos, se aplica más o menos a toda clase de afectividad llamada normal, que ha reaccionado insuficientemente.

El psicoanálisis así comprendido, agregado al estudio de lo subconsciente en el hipnotismo, en los sueños y aún en la parte más o menos automática de nuestra consciencia al estado de vijilia, (los hábitos maquinales, la forma de las letras, durante la lectura, por ejemplo, etc.), éste psicoanálisis, digo, constituye, quizás, la porción integrante más importante del «Conócete a tí mismo», de Sócrates. Preservando a cada individuo, tanto como se puede hacerlo, de sus falsas ideas, basadas en su mayor parte en la afectividad unida a la ignorancia, tiende a hacerle menos vanidoso, más social, más justo y menos odioso, con respecto de otro.

Pero, es sobre todo a las personas inteligentes y sin prevenciones, instruídas, no en el formalismo, sinó en el fondo, por un pensamiento inductivo sano, a quienes me dirijo, rogándoles estudien seriamente la cuestión. Aquellas que leen el alemán, pueden estudiar el libro del doctor Ludwig Frank, de Zurich: Affektstorungen» (Berlín, Julius Springer, 1913). Sería de desear una exposición clara, en francés, del método catártico.

Doctor A. FOREL.

Antiguo profesor de Psiquiatría de la Universidad de Zürich, Director del Asilo de Alienados de la misma ciudad.

¿El enigma de la vida explicado?

Para «Alborada».

En una última comunicación que recibimos del ilustre profesor Herrera, Director de Estudios Biológicos de la República Mexicana, el sabio naturalista, fundador de la Plasmogenia, nos comunica el resultado de sus últimos maravillosos experimentos, haciéndonos saber que, después de diez años de inútiles ensayos, ha logrado las más extraordinarias amibas artificiales.

Habremos de recordar que ya en el año 1907, mezclando en el fondo de una copa silicato de potasio, carbonato de potasio y cloruro de calcio, el profesor Herrera pudo observar al microscopio, la producción de amibas granulosas en movimiento, fijando entónces las condiciones de esta maravillosa producción. Hoy llega a tres mil el núme-

ro de experimentos realizados por el infatigable naturalista mexicano; y, después de superar innúmeras dificultades para concentrar la sílice, pudo al fin sustituirla, empleando el carbonato de potasio mezclado al silicato, con lo cual consiguió altas densidades, hasta una superior a I. 435. — Y así, ayudado por su preparador el profesor Anselmo Núñez, Herrera ha podido asistir, siguiéndolos en su desarrollo, a los más extraordinarios fenómenos de biogénesis.

Preparada la solución en la forma indicada, se vertió en una caja de Pétri, en cuyo fondo puso el señor Núñez algo de la solución de cloruro de calcio a 1.090. Vióse, en seguida, flotar membranas de cloruro de potasio, con núcleos que sufren grandes modificaciones y en el fondo gotitas, como aceitosas, con poco aumento; y que presentan, con aumento mayor (Zeiss oc. 2 y ob. DD)., el aspecto de amibas granulosas, algunas nucleadas, con bordes lobulados y demás caracteres de las amibas naturales, que sólo aprecia el que las ha visto por sí mismo. Son de carbonato de cal silícico o de cloruro de potasio silícico. El profesor Herrera aun no ha tenido tiempo de estudiarlas. El cloruro de potasio formado, produce cristales que coagulan la sílice exterior y forman bolsitas osmóticas nucleadas, siendo el núcleo el último vestigio del cristal primordial. Encontrándose varios cristales durante el crecimiento, se achatan en los bordes y forman una especie de tejido con núcleos y numerosas membranas.

Algunas veces, rociando la solución con cloruro de calcio sobre silicato, por medio de una placa caliente, en la cual se dejan caer gotas de la primera, aparecen cristales muy pequeños que pronto se transforman en bolsitas osmóticas: si se agrega agua, el cloruro de potasio se disuelve y quedan las crisálidas o exuvias de sílice coagulada, sumamente tenues y delicadas con preciosos detalles de estructura que solo aparecen tiñéndolos: entonces semejan glóbulos blancos humanos, con núcleos y puntos teñidos en ciertas partes. Sábese que en el mar se forman soluciones semejantes y se concentran por la presión y el frío: Según Murray, la difusión es allí casi nula; las rocas se atacan y suministran productos casi iguales a los terrestres; es decir, sílice coloide, silicatos y carbonatos alcalinos. El agua de mar, contiene también cloruro de calcio. Así, quizás, aparece la vida en los laboratorios y en los océanos, con una sencillez asombrosa...

El profesor Herrera opina que sus «protobios», de 1917, llegaran a vivir, si encuentra la manera de concentrar aún más sus soluciones. Por de momento, los conserva en el fondo de una copa con mucha agua, alcohol absoluto y xilol: después, se incluyen en bálsamo y se ponen entre porta y cubre-objeto, ni más ni menos que las preparaciones histológicas ordinarias.

Los resultados tan notables que ha alcanzado el profesor Herrera, son la consecuencia de más de veinte años de dura, tenaz labor, la cual, finalmente, parece haber alcanzado la más gloriosa de las compensaciones: la explicación del enigma de la vida!

En efecto: la Naturaleza, debe aparecérsele ahora al ilustre investigador mexicano, más imponente que nunca, disipándose para siempre en la nébula de la Nada, el Dios creador de la vida y de los seres, para no interrogar más que a las fuerzas físico-químicas conocidas!

Víctor DELFINO. M. S. A.; S. M. P.

Socio honorario correspondiente de la Academia Nacional de Medicina de México. Colaborador de la Dirección de Estudios Biológicos de la República Mexicana.

El arte de hablar, es muy raro y muy difícil. Todos creen poseerlo, y sin embargo, la sociedad está llena de pretenciosos que saben hablar de todo, y de necios que nos molestan con sus fastidiosas conversaciones.

La responsabilidad

Los motivos de acción tienen por sí mismos un valor objetivo y seguro, que se mide por las consecuencias naturales y necesarias de los actos que determinan. Son «malos» absolutamente, cuando estas consecuencias, generalizadas son necesariamente contrarias a la utilidad general; son «indiferentes», cuando sus consecuencias no tocan ningún interés; son «buenos», cuando concuerdan con el interés general; son «excelentes», cuando responden a los intereses más generales y más elevados de la colectividad.

Los intereses más elevados, son los que resultan de las necesidades sociales e intelectuales.

Por una continuación necesaria, la misma jerarquía se extiende de los motivos a los agentes. El valor moral del hombre se marca y se determina por el carácter mismo de los motivos a los cuales dá la preferencia. El salvaje y el niño se dejan guiar por lo común, por motivos egoístas e inmediatos, puesto que estos motivos están en más íntima conformidad con el grado de evolución a que han llegado. La serie de desarrollos morales e intelectuales se manifiestan por la intervención cada vez más frecuente de motivos de acción ulteriores y generales.

He ahí el hecho. ¿Cuáles son las conclusiones que debemos sacar desde el punto de vista de la responsabilidad? El salvaje y el niño son responsables de su egoísmo y de su imprevisión?

Los más furiosos partidarios del libre albedrío no osarían sostenerlo. ¿Hay un punto del desarrollo intelectual donde comienza la responsabilidad? ¿Cuál es este punto? Nadie lo ha determinado hasta hoy, y casi no hay espectáculo más extraño y más triste que las divagaciones de los médicos alienistas ante los tribunales. Solo los doctores de la iglesia católica tienen bastante confianza para fijar en 7 años la edad de la responsabilidad. A 7 años un niño es capaz de crímenes tales que una eternidad de suplicios no bastan para expiarlos. Los doctores ortodoxos hasta van más lejos, puesto que no vacilan en afirmar que el niño al venir al mundo no puede escapar a las llamas eternas sino gracias a algunas gotas de agua vertidas sobre su cabeza.

El hombre no puede ser responsable sino a condición de elegir libremente su camino. Responsabilidad supone libertad! Veamos donde reside y en que consiste esta libertad. ¿La encontramos en la transmisión hereditaria, en los hábitos y en los instintos de la raza, en las predisposiciones que determina el atavismo? Evidentemente no. La herencia es el dominio propio de la fatalidad. Las tendencias que determina la evolución orgánica pertenecen a la raza, no al individuo. La buscaremos en la educación recibida? Todavía aquí la intervención de las fuerzas exteriores tales como el ejemplo, la enseñanza, la costumbre, los medios y las circunstancias, es absolutamente independiente de la voluntad. Puede ser o ineficaz si tropieza con predisposiciones hereditarias opuestas, o todopoderosa si su influencia se agrega a la de la herencia y ayuda en el mismo sentido. Pero en uno como en otro caso, no vemos aquí sino el juego de dos fuerzas contrarias o concordantes, que pueden anularse más o menos o comunicarse una potencia irresistible al sumarse la una con la otra. Es necesario reconocer que todavía esté no es el dominio de la libertad. Al lado de todas las fuerzas que dominan y obligan al hombre, hay una que parece ser personal en cierta medida y que parece en efecto, dar lugar a la responsabilidad; ésta es la que él pone en acción para agregar a la herencia y a la educación recibida, esa otra educación que cada hombre se hace a sí mismo, por sus experiencias y sus reflexiones personales, que es en cierta manera la propiedad del individuo, la cual por su intermedio se agrega al lote de cada generación y por la que se explica el progreso. Solo allí podría colocarse el dominio de la responsabili-

dad individual, al mismo tiempo que el de la perfectibilidad. Allí es en sus límites reducidos donde el hombre está en él, que es él mismo, ésta es su parte en el conjunto del desarrollo de las cosas. Su esfuerzo, cuando es de naturaleza bastante elevada para comprender en que consiste el progreso, y que el objeto de cada uno debe ser concurrir al progreso general por su progreso individual, su esfuerzo y su ambición deben ser de ampliar estos límites, extender este horizonte, elevarse sin cesar a un escalón superior en la serie de las evoluciones. No existe otra nobleza para la humanidad.

Sí, pero, ¿dónde está aquí la responsabilidad? Esta educación que el hombre se dá a sí mismo, ¿de dónde toma sus elementos, sino es del medio en que vive? Esta experiencia que agrega a su desarrollo, ¿de dónde viene sino de la observación de las circunstancias? Esta observación misma es posible, porque ha recibido al nacer y por la educación una inteligencia bastante desarrollada para comprender el interés que tiene en observar, en estudiar las cosas, y una facultad de observación suficiente para suministrarle resultados útiles.

A decir verdad, todas las discusiones sobre la responsabilidad, son muy inúiles para el que no cree en la libertad de indiferencia (libre albedrío) y admite la intervención de la inteligencia en la conducta moral del hombre, puesto que, la propiedad de la inteligencia es la de no decidirse nunca, sinó en razón de motivos que ella considera como los más conformes con la dirección que se propone, a los intereses que considera como los más esenciales.

Se nos dirá que negamos la responsabilidad y el derecho de castigar. Pues sí, lo negamos. La vindicta pública de la que tanto se abusa en los tribunales es una palabra vacía de sentido. Ni la sociedad ni los particulares, por esclarecidos que se les suponga no tienen las luces necesarias para medir exactamente el valor tan complejo de los motivos que hacer obrar a los hombres, sobre todo si se piensa que el poder del motivo depende de su más o su menos de conformidad con la situación mental actual o general, común o accidental del individuo.

El único derecho que reconocemos a la sociedad y a los particulares es el derecho de defenderse y de poner al agresor fuera del estado de perjudicar, sea quitándole los medios naturales, sea suprimiendo en él el deseo de hacerlo. Esta supresión del deseo de perjudicar puede producirse por vías muy diferentes, según las edades, las circunstancias, los caracteres y los temperamentos. Toda la cuestión estriba en sugerir al agresor, motivos de acción, conformes a su naturaleza y capaces de obrar sobre sus determinaciones en el sentido de una utilidad general. No se pide que la sociedad reserve todas sus ternuras para los criminales. Pero tampoco puede permitirse hacerles soportar el peso de una responsabilidad que no existe para ellos, como tampoco para las bestias feroces. Redúzcaseles a la impotencia de dañar: tomemos nuestras precauciones y nuestras medidas de represión en razón del mal causado, pero no pretendamos juzgar el grado de su culpabilidad.

¿Pero si no son culpables, cómo es que tienen remordimientos? No tienen remordimientos, las personas honestas son las únicas capaces de remordimientos, y la causa de ésto se comprende fácilmente.

El hombre honesto, dijimos antes, tiene por ambición suprema la de elevarse sin cesar en la jerarquía moral de los seres y de alcanzar en la medida de lo posible el más alto grado de evolución; así, todo lo que retarda y obstaculiza este progreso le es odioso y le causa una tristeza mortal.

Ahora bien, de la misma manera que las ideas mas justas y más verdaderas son las que encuadran mejor con el conjunto de las realidades científicas, de igual manera los actos más morales y más progresivos son los que están en más perfecta conformidad con la utilidad científicamente demostrada del género humano.

Toda idea, toda acción que no responde a esta definición, es por consiguiente, de orden inferior, y esta in-

ferioridad se mide por la distancia que la separa del modelo ideal. Así el hombre inteligente trata de evitar el error en todas sus formas, con una atención proporcionada a la importancia que dá a su progreso intelectual. El hombre honesto se cree rigurosamente obligado a mantener sus derechos a su propia estima, aplicando su esfuerzo en evitar todo error de observación, de razonamiento y sobre todo de conducta; pues cualquier falta le ocasiona una disminución de sí mismo ante sus propios ojos, un rebajamiento de su valor intelectual y moral.

Debe comprenderse que no se trata aquí, sinó de errores que le son personales y que habría podido evitar por una atención más sostenida, por un esfuerzo más perseverante. Al nacer el hombre aporta, en efecto, y toma del medio en que vive una multitud de instintos, de costumbres, de tradiciones más o menos erróneas que sería tan absurdo reprochárselas como obligarle a perseverar en ellas. Al contrario, cada eliminación de este género es un progreso y el hombre inteligente nunca es más feliz, ni está más orgulloso de sí mismo que cuando el desarrollo de su observación personal le permite substituir a una de estas supersticiones una verdad adquirida y demostrada.

Precisamente, es por estas substituciones que se prueba así mismo el poder que tiene de trabajar en su progreso.

Lo que desprecia en los otros y lo que le llenaría de pesar y vergüenza a sí mismos — si pudiera darse cuenta de estas cosas — sería la obstinación a mantenerse en el error, sería la preferencia por las ideas inferiores, puesto que, en efecto esta obstinación probaría la inferioridad de su inteligencia que es la verdadera medida de su valor. Cuando en el hombre honesto se manifiesta «accidentalmente» esta inferioridad, por un acto contrario al interés general o al derecho individual, el pesar que sigue a esta comprobación toma un carácter y un nombre particulares: se llama «remordimiento».

Se ha abusado mucho del remordimiento en la literatura espiritualista y sobre todo en la poesía romántica. No hay allí ningún odioso cobarde, ni ningún monstruo de cara humana que no tenga sus remordimientos.

(Concluirá).

Un proceso sensacional

Para ALBORADA

La gran sala del tribunal semejaba un teatro en una noche de estreno. El mismo público elegante y mundano de los estrenos llenaba el austero recinto. Y el estrado, en su severa suntuosidad, diríase un tinglado dispuesto por hábiles escenógrafos, para una farsa solemne y emocionante. Todo el «gran mundo» estaba allí: banqueros, diplomáticos, académicos, damas, profesores, spórtmans, cocotes y cronistas. La luz caía profusa de las pesadas arañas de bronce suspensas del plafond, haciendo brillar collares en los escotes ostentosos, sortijas en las manos inquietas, aureos recamadas en los uniformes. Junto a las calvas venerables de los profesores, se agitaban las plumas y los «aigrettes» de las cortesanas. En el estrado, los jueces, con sus severas togas, se abrían en semicírculo, inmóviles y callados. Un silencio de ansiedad contenida llenaba la sala de justicia. A la derecha del estrado frente a sus jueces, entre guardias armados de carabina, el procesado permanecía impasible. Pálido y rasurado, su rostro tenía una franca mueca de cinismo, sus labios se plegaban en un rictus irónico y sus ojos paseaban a instantes sobre los jueces y sobre el público, una fría mirada desdeñosa. Aquel hombre era célebre por sus delitos. Desde hacía tres meses hablábase de él en todo el mundo y su nombre era pronunciado con espanto hasta en las más ignoradas aldeas. Su nombre execrable era más popular que el de los reyes, y la siniestra gloria que lo rodeaba eclipsaba a la de los héroes.

tenerme ante un simple muñeco mecánico que me estorbaba para poder gozar mi vida? ¿Qué vale la vida de un ente mecánico, de un muñeco sin alma, de una simple bolsa de apetitos, de una máquina de digerir que cualquier día desaparecería del todo? ¿Qué respeto debe detenerme ante esos pretendidos derechos que no son más los egoísmos defendidos por la fuerza? ¿Y si toda esta confusa amalgama de apetitos en pugna, que llamamos Sociedad, y si toda esta máquina brillante y empavesada que llamamos civilización, no es más que una cosa sin sentido, surgida no se sabe por qué, y seguramente para nada, pues nada puede tener finalidad en un universo que no la tiene; y si todas estas cosas, como el mismo universo han de desaparecer en el vacío sin dejar rastro, por qué he de detenerme ante la sociedad: por qué ha de darme miedo la civilización? Sólo una cosa puede hacer detener a la conciencia del materialista lógico: el miedo al polizonte, el miedo a las cárceles y a los patíbulos, el miedo, en fin, a la fuerza de los egoísmos mancomunados para su defensa. Toda otra moral es absurda dentro de la filosofía materialista, que es la de nuestra época. Por eso yo, que soy un hombre lógico, he puesto en práctica nuestra filosofía. Solo audacia se necesitaba para ello. Yo la tuve. Este es mi delito. Jugué la vida misérrima a una carta que pudo ser la fortuna y el goce de una vida espléndida. Perdí. Por eso estoy ante vosotros. Pero reconoced que estoy aquí por vuestra culpa. Vuestras doctrinas me han traído hasta aquí. O tenéis que absolverme o tenéis que borrar vuestra doctrina. Yo y vuestra ciencia somos la misma cosa. Al condenarme condenáis a ella. Por eso no solo estoy seguro de que me absolveréis, sino de que muy pronto, reconociendo mi superioridad, me elevaréis un monumento. Esto es lo que tenía que decir.

Aurelio del HEBRON

Montevideo, mayo de 1917.

Nostalgias del amor...

Para ALBORADA

—Qué tienes que estás tan triste?

—Siento el corazón vacío y con unas ansias de amar!.... No sé lo que pasa en mí, mi alma está acongojada, mis carnes se erizan, y palpitan de deseo, y mis nervios se retuercen haciéndome sufrir. Tengo sed, mucha sed de amar!..... En mis sueños entreveo una pálida figura de mujer que me dice: Amor!.... Amor!.... Siento continuamente emanar junto a mí, un suave perfume de carnes jóvenes y frescas palpitantes, aromatizadas... de Amor! que me subyuga, que me atrae, que me aniquila...

Siento que mi alma navega sin rumbo fijo en la espantosa soledad de mi vida, como tan pronto la siento henchirse de un algo desconocido, inefable, que me hace feliz.

—¿Acaso no amas a tu joven esposa y no eres feliz a su lado?

—La amo sí, pero sus besos no me me satisfacen, y cuando me ofrece sus trémulos y palpitantes labios, no hallo el aljófar bienhechor que reanime mi marchito corazón. No siento invadir mi alma de ese placer, de esa dicha que tanto ansío. Cuando la ví por vez primera, era tan feliz a su lado! Después.... poco a poco fuí deseando algo más fuerte que hiciera vibrar las cuerdas sensibles de mi alma!

—Entonces, nunca has amado a tu esposa. Creías amar con el alma y amabas con el cerebro. Fué tan sólo una mentida ilusión de tus exaltados sentidos.

—Dices que no la amo?...

—Así me lo dicen tus palabras.

—Entonces ambicionaré.....

—Amor!

—... Otra mujer acaso?

—Quizás.....

—Pero entonces, ¿qué es Amor?

—Amor?... es ese perfume suave, muy suave que embotando los sentidos los adormece hasta la eternidad. Es música divina que dilata el alma, remontándose en alas de la idealidad a regiones ignotas!...

Amor, es la suave brisa estival, que

al acariciar el rostro, le imprime el fresco ósculo de paz; y el despertar de la mañana, cuando el alba, en toda su blanca y seductora desnudez, anuncia a la sonrosada Aurora, precediendo al carro triunfal del Dios Febo.

Amor es, el prolongado beso que dá el sol a la tierra, allá, en el infinito horizonte al hundirse en su ocaso! Y el canto triunfal de las aves saludando al nuevo día.

Amor es, el sollozo de una madre ante la cuna del niño que se vá; el murmullo de la fuente y de la fronda anunciando la paz de la siesta y la ofrenda que hace la flor de su néctar al amante colibrí que la posee!... Amor es, el rugido de las fieras cuando le arrebatan a sus cachorros; el universal abrazo en la quietud de la media noche, y el estremecimiento de nuestras carnes, cuando son atravesadas por el agudo puñal de los celos.

Amor, es lo que la casta virgen ansía en la soledad de su alcoba, el deseo nunca satisfecho de las largas noches de insomnios... y el beso que los pálidos rayos de la luna dá a las mansas aguas del arroyuelo.

Amor es, los labios de la virgen cuando, trémula y ansiosa, se los ofrece al amante, para que libe en ellos el dulce néctar de la vida y el prolongado beso que resuena en la callada noche del Himeneo!!....

Eso es amor!...

—¡Oh, Amor! Bendito mil veces seas, porque eres el universal abrazo de la Redención Humana!!

Seevro BRUNO

Cosas de la vida

Para «Alborada».

Cuando el médico entró en la rica alcoba,
ya había fallecido el gran señor.
—¿De qué murió? — dijéronle los deudos.
Y respondió el doctor: — De «indigestión».

Horas después, en una ruin pocilga,
otro cadáver auscultó el doctor.
—¿De qué murió? — le preguntó un agente.
—¿De qué ha de ser? — dijo él. — ¡De «inanición»!

¡Y siempre así! ¡Unos de hartos y otros de hambre,
ruedan los hombres al sepulcro frío!
«¡Y en tanto el globo sin cesar navega
en el piélago inmenso del vacío!»

Jacinto del MONTE.

ALTIVA

Para Almita

¡Yo quisiera ofrendarte en mis versos
pedazos de mi alma;
de mi alma rebelde y altiva
que no se doblega jamás ante nadie;
de mi alma que sueña y anhela
llegar al vergel dó se yergue

soberbia y lozana la flor de la Vida,
y libar en su cáliz fragante
su polen fecundo!...
¡Pedazos de mi alma que ansía,
que lucha y palpita,
porque llegue ese día en que todos
cantemos ufanos, en coro triunfal
que estremezca del mundo sus ámbitos,
el himno sublime, que encarna el ideal
que es emblema de amor y de vida:
la madre Anarquía!...
¡Pedazos de mi alma que quiere
que no haya criaturas hambrientas,
descalzas y llenas de roña, que imploren,
en nombre de Dios, un pedazo de pan!...
Que no haya harapientos «lingheras»
que ambulen errantes, sin rumbo;
al azar como un muerto flotando en el mar;
«lingheras» que llevando tan solo
el dolor por bandera y por guía;
tienen como único anhelo, como única idea
que agita en sus pechos las fibras más hondas,
el arma del paria sin Dios y sin Ley:
la Dinamita!...

De mi alma que quiere que no haya
esposas y madres que esperen ansiosas,
al esposo y al hijo, que traen el mendrugo
ganado a costa de mucho sudor;
y que llegan talvez, por desgracia,
sin pan y borrachos...

Que no haya criaturas que tiemblen
de espanto terrible, de mudo pavor,
cuando el esposo y el hijo borrachos,
en cambio de pan los castiguen;
que no haya mujeres y niñas
hermosas, más pobres, que vendan sus carnes
en ferias, cual cosa sin mérito;
o agosten sus vidas lozanas
en talleres y fábricas;
que no haya tampoco «señores»
que llenos, ahitos de todo,
paseen su abdómen bien grande
en coches lujosos y en autos veloces;
que no haya «señoras» que cubran
con sedas y joyas sus lacras
que se crean honradas, honestas,
y desprecien a la pálida obrera
que engañada talvez, por un pillo,
ostenta en sus brazos a un niño muy rubio,
de ojos azules, de ojos de cielo,
como única joya, como único premio
del amor grande y puro que ella sintiera
por el seductor!...
Que quiere que no haya tiranos y esclavos;

ni obreros que rindan tributo al «señor»:
¡qué cada individuo sea rey de sí mismo!
¡Pedazos de mi alma que quiere
que todos podamos libar
en el cáliz fragante de la flor de la Vida
su pólen fecundo...

Norberto INSUA.

LA GENERACION Y LA MUSICA

Para «Alborada».

(Conclusión)

Los seres vivos, no siempre producen individuos sanos, bien constituídos y con una organización normal. A veces producen seres de carácter dudoso, hasta monstruos. El estudio de las anomalías, es objeto de la historia natural; las obras musicales la ofrecen también una amplia e interesante materia.

Existen, desde luego, entre los seres vivos, géneros protéicos (Darwin), es decir, muy complejos y como hurtándose al análisis. Los unos los consideran como especies verdaderas, los otros, como simples variedades. En música, existe algo análogo. El madrigal, el oratorio, la sinfonía, son difíciles de clasificar. Este carácter indeciso, ha permitido no hace mucho, poner en escena, como verdadera obra la «Danmation de Faust», de Berlioz, y ha permitido igualmente, protestar con energía contra esta tentativa. La ópera contemporánea, se llama alternativamente «acción dramática», «comedia lírica», romance musical», etc. Es protéica, polimorfa.

Los acoplamientos ilejítimos de dos individuos, que pertenecen a especies distintas, producen monstruos; y como estos monstruos parecen caracterizados por la yuxtaposición, en todas las partes de su sér, de dos moléculas que no se penetran, son habitualmente estériles.

En música también existen monstruos: éstos pueden tener su éxito de un día, y crear una apetencia pasagera, mas nunca llegan a formar escuela durable. Son estériles. Citaremos dos ejemplos:

En el siglo XVI, algunos compositores, como Claudio el Joven y Mauduit, imitando las excentricidades de algunos poetas de su época, imajinaron escribir melodías a la antigua manera, midiendo las palabras francesas por breves y largas, a la manera de las odas sáficas y alcaícas de Horacio. Esto era acoplar dos principios que podían yuxtaponerse mas no fusionarse. Y de ahí salieron monstruos, que son estériles.

En el siglo XVII, algunos espíritus bien intencionados, imajinaron crear la ópera piadosa, la ópera edificante y espiritual: tales «Santo Alesio», de Laudi (1634), «Philotea, id est anima Deo cara», comedia santa, (1643). Esto era acoplar principios que no pueden unirse útilmente; resultando así que estas obras quedan aisladas en la historia.

En fin, las especies extinguidas ya no reaparecen (Darwin). En música, puesto que existe incesante evolución, también puede hablarse de «especies extinguidas». Hoy han desaparecido muchos géneros, otrora en predicamiento. ¿Es imposible que renazcan— preguntará alguno? La fantasía de un compositor, puede, sin duda, comunicarles una apariencia de vida; nada impide se escriba en 1917, una de esas danzas que gustaba a nuestros abuelos. El músico, puede hasta remontarse a la Edad-Media y divertirse haciendo composiciones según aquél estilo. Mas, los naturalistas señalan un hecho que es una advertencia: las resurrecciones arqueológicas, no pueden tener un instante, sino la vida de un fantasma viviente. No encontrarían ya entre nosotros, condiciones favorables a su existencia.

Así, pues, resulta que las leyes esen-

ciales de la materia organizada, se encuentran nuevamente en el Arte. La obra musical, aparece, se desarrolla y se perpetúa como el ser vivo; escapando, como él a una definición coalitativa completa, ella es, como él, un organismo formado por elementos complejos, reducidos a la unidad; ella evoluciona por numerosas razones, muchas de las cuales ignoramos (pues el «primum movens», permanece desconocido) pero una de las cuales es la lucha por la vida y la selección que de ella resulta; como el animal y el vegetal, puede mejorarse mediante cruzamientos de individuos que pertenezcan a especies no lejanas. Como ellos, en fin, tienen el don de tansmitir la vida, después de haberla recibido.

C.

DE NUESTRO CORRESPONSAL EN ROSARIO - CRONICAS DEL MOMENTO

Salón de Otoño

Exuberante resultó la exposición de cuadros y esculturas inaugurada el 25 del actual y bautizada con el nombre de «Salón de Otoño». Pero, si hemos de hablar tal como sentimos, afirmaremos que la cantidad no tuvo ninguna relatividad con la calidad. Pocas fueron, en verdad, las obras netamente artísticas.

Como dentro del estrecho marco de una crónica no se puede detallar como uno quisiera, seremos parcos en las las palabras y ligeros en redondear un juicio.

Ante todo, hablemos de Bermúdez, el pintor tendiente siempre a refractar el espíritu de la raza autóctona. Bermúdez triunfa por su verismo, por la profunda verdad de sus tipos y costumbres de la gente de tierra adentro. Su «Riña de Gallos», logra darnos la idea de esa diversión cruel de nuestros paisanos. Sólo que nos parece ver una excesiva visión de los colores violentos. Prima en todos sus cuadros un procedimiento «molto vivace». Esto nos parece un amaneramiento del que no están exentos innumerables cultores del arte de Murillo y Rafael. En unos sobrepuja la nota unánimemente desvaída y en otros, por el contrario, la nota «chillona», si el vocablo no fuese un poco duro.

Así y todo, el Jurado ha premiado con el primer premio «Riña de Gallos». El Jurado, por esta vez, no se ha equivocado.

¡Alice! Henos en frente de un verdadero artista. Alice pinta con genuína inspiración de elegido. Su busto de mujer rubia, es inmejorable: el matiz vence por su morbidez y tersura; la carne es carne misma: suave, diáfana, deliciosa como carne de mujer misma. La turgencia de los senos de una eva joven y robusta, está perfectamente trabajado. Alice es de por sí un gran pintor. Y conste que no conocíamos ni de nombre siquiera al artista.

Del malogrado Augusto Olivé es «Chicos de Avila», admirable tema regional desarrollado con todas las exigencias que pide una acabada construcción de Arte.

Sorprende la vivacidad de estos arrapiezos, con sus trajecitos provincianos de niños pobres, y sus manitas regordetas y sonrosadas, estallantes de salud., Esta obra del que en vida se llamó Augusto Olivé, nos hizo pensar cuán grande hubiera podido ser este muchacho, si la muerte no le hubiese cercenado tan prematuramente sus alas....

Dos mujeres se destacan también, en las figuras, con trozos bastante definidos. Nos referimos a Ana Weis y Emilia Bertolé: ambas ejecutan con delicadeza. En esta última, sobre todo, hemos notado un halagüeño progreso, si comparamos las telas de ahora con las expuestas en otra ocasión. Tiene más blandura, más acierto en la expresión y más desenvoltura en

las líneas. La Weis también pinta con mucho dominio de su arte. Mas, ahora evocamos otro nombre femenino: Lía Gismondi. Esta mujer, en nuestro concepto, es más artista que las dos anteriores. Tiene ese irresistible encanto de espiritualizar las formas y una noción notablemente artística del matiz. Todas estas tres artistas nos darán, en breve una obra más definitiva.

En los paisajes, nos han llamado poderosamente la atención: Del Campo, Carnacini y Franciscovich. Sin aventurarnos a caer en hipérboles ridículas, podemos afirmar que son los únicos paisajistas de verdad que han expuesto en el «Salón de Otoño». En primer término, debemos colocar a Cupertino del Campo. He aquí a un paisajista que sabe ver y sentir el paisaje, esto es, la siempre admirable madre Naturaleza. Cautiva por la sinceridad, por la realeza, por la manera de superponer las tintas, y por todo eso, en fin, que tiene el artista para sorprender el momento, la luz, la sombra, el efecto del conjunto. Cupertino del Campo es, sin temor de equivocarnos, uno de nuestros más grandes artistas del paisaje, si no el mejor.

Carnacini es otro temperamento excepcional. ¡Cuán diferente su obra de artista verdadero a la absurdidad hecha pintura de ese tan decantado Walter de Navazio! No nos explicamos cómo puede habérsele becado a este hombre, tan atoxigado de mal gusto y tan desorbitado en la visión de la Naturaleza. Los paisajes de este hombre que pinta, nos dan una sensación de disgusto, la misma sensación que nos dá lo inverosímil o lo contrahecho. Si esto es un exponente de Arte, nos confesamos que somos desconocedores de la quintaesencia del Arte. Pero no. Tanto los paisajes de Navazio, de Musto, como los ridículos dibujos de Alfredo Guido, no pueden ser hijos legítimos del Arte; son, sí, hijos inconfundibles del Artificio. Digamos la verdad, caiga quien caiga y grite quien grite.

Chiápori, en la revista «La Nota», decía esto de Guido: «Dibuja bien; tan solamente le falta una cosa: «ser él mismo». Si esto «ser uno mismo», le parece poca cosa al crítico de «La Nota», no sabemos nosotros qué cosa será lo trascendental.

De las esculturas, a pesar de haber bastantes, pocas nos han subyugado. El «desnudo», de Fioravanti, un tallado en madera, de Rocha, y un yeso titulado «Ocaso», que no hemos podido averiguar quién es el autor (por la sencilla razón que los catálogos vendíanse a un peso moneda nacional, y a nosotros eso nos pareció una extorsión incalificable, y no lo adquirimos). El «desnudo», de Fioravanti. escapa a toda ponderación. ¿A qué hablar de él?.... Las creaciones artísticas, se imponen por sí solas; nos hablan a nuestros sentidos con su lengua inefable, cautivándonos como por arte de birlibirloque. Fioravanti y Rocha, saben dar forma a la piedra informe. El «desnudo» éste representa una mujer, en posición supina, mostrando gloriosamente las purezas de sus líneas, el triunfo eurítmico de sus curvas impecables, la redondez prodigiosa de los senos erguidos y duros como los senos adorables de las mujeres vírgenes.

Rocha, en su tallado en madera, nos presenta un indígena, uno de esos hombres semi salvajes, con todos los rasgos incásicos de la raza. Obra admirable por más de un concepto, digna de la consideración del Jurado más exigente.

«Ocaso», cuyo autor para nosotros permanece en la incógnita, es un busto. Un hombre en el ocaso de la existencia. Bien modelado. Consigue dar esa sensación, mezcla de lástima y de respeto, que inspiran los ancianos achacosos, con el rostro tatuado de arrugas, huesoso y macilento; los ojos lánguidos y melancólicos, y la boca fruncida en rictus de hastío o de desesperanza: pero, triunfando sobre toda esta ruína, una luz vaga, apenas perceptible que ilumina y vence: la luz formidable que tienen en el rostro todos los viejos y los sabios...

López de MOLINA

Rosario, Otoño de 1917.

SOCIOLOGIA ARTISTICA

(Versión del italiano por M. G., especial para «Alborada»)

I.-El arte es un fenómeno de origen psicofisiológico

El hombre vive en la naturaleza: dos influencias se enfrentan, el organismo del hombre con sus facultades emocionales y la naturaleza con sus influencias. El hombre primitivo recibe impresiones, las cuales se elaboran en sensaciones; de la acumulación de la experiencia de las sensaciones, se desarrollan los sentimientos.

El sentimiento estético es la resultante de las experiencias agradables de los sentidos, y la utilidad del organismo, deriva del aumento de tono de la vida, debido a la aceleración de la circulación sanguínea, producida por un estímulo agradable y que determina una sensación de bienestar, inclinando al hombre hacia los sentimientos simpáticos y sociales. Con el desarrollo de estos sentimientos, el hombre de ser salvaje y egoísta que era, se transforma en sér eminentemente social.

El fenómeno estético, tiene su origen en los instintos primitivos del cual forman un substratum imprescindible, y, especialmente en los hechos esenciales de la vida orgánica y de la especie, esto es, en el instinto sexual y el de la propia conservación. Las sensaciones útiles y agradables, y por lo tanto, estéticas, se transmiten acumulándose, más también, seleccionándose mediante la herencia orgánica transformada y reforzada por las influencias de la vida social: luego, pues, también el sentimiento de lo bello y el arte, que es su manifestación externa, tiene orígenes orgánicos.

El arte se desarrolla desde el bello sensorial al bello espiritual, desde la simple impresión del objeto externo, al cual corresponde una sensación nerviosa agradable, a la sensación transformada en emoción sentimental, intelectual, ideal; de las formas más rudimentarias a las más perfectas. Pero, el arte simple o complejo, sensorial o espiritual, en su primitivo origen, es un fenómeno psicofisiológico.

II.-El arte es un fenómeno de manifestación social

El hombre, sér social, tiene como objeto de sus acciones, consciente o inconsciente, la sociedad.

El arte, nacido de un sentimiento que tiene su origen en un organismo que vive en sociedad, al manifestarse, no puede ser sino social. Y esto se observa desde las más rudimentarias formas artísticas. El hombre primitivo dibuja, pinta, esculpe objetos de la naturaleza y de la vida; representa con bailes acompañados por el canto y la música, acontecimientos que mantienen con él la más estrecha relación de utilidad y de placer y, por lo tanto, capaces de producir más intensas impresiones: en efecto, las obras de arte primitivas, representan al hombre, a los animales, combates, escenas de lucha y de caza. Y el arte, obrando de esta guisa, se dirije a un público, del cual participa él mismo en los primeros tiempos, reevocando con su arte estados de ánimo ya determinados más o menos intensamente en cada uno, por la observación directa de los objetos y de los acontecimientos reales: sin esto, su arte sería estéril.

En los tiempos más progresivos, este carácter social del arte se fué siempre acentuando más, originando las diversas profesiones artísticas, ampliando el círculo de sus manifestaciones y de sus inspiraciones en la sociedad; todo el arte, desde los primeros siglos hásta hoy, es una prueba evidente y constante de ésto.

III.-El arte es un fenómeno de importancia social

En ninguna de las actividades humanas intelectuales mejor que en el arte, se puede ver quizás con tanta evidencia, la evolución hácia una concepción social. El arte que, en todo tiempo, en las diversas teorías estéticas, era considerado más como un pasatiempo que como una actividad social útil, se ha-

bía desarrollado por sí, por lo menos en apariencia y nadie había sabido dirigir la mirada tan profundamente como para apercibirse de la influencia e importancia que tenía en la sociedad. Fué considerado más que sociológicamente, diré casí psicológicamente, nó en el sentido moderno y científico de ésta palabra, sinó en el sentido del estudio individual más o menos empírico. El arte era producto del hombre, casi extraño a la sociedad, la cual, a lo más, hacía de él un elemento de distración. Esto parece tanto más extraño cuanto que, entre los pueblos antiguos y especialmente en Grecia el arte era tenido en gran honra, regulado alguna vez y premiado por el Estado. Hoy todavía, entre las poblaciones salvajes, constituye gran parte de la vida pública; pero esto prueba tan solo, que, aún antes de haber sido afirmado científicamente este hecho, había sido superado por la fuerza de las leyes naturales siempre iguales, siempre inevitables.

Al perder la importancia en la vida pública, el arte ha ido elevándose en la vida individual y social, ampliándose en su concepción, según la altura del progreso moderno, de nuestras exigencias intelectuales. Y así también en la estética, ha surjido el concepto científico del arte social y sociológico. Esta es una adquisición esencialmente moderna, más todavía, contemporánea. En efecto, la historia de las teorías estéticas, considerada desde el punto de vista del concepto de la importancia del arte en la sociedad, demuestra claramente de qué manera haya sido considerado desde la antigüedad hasta nuestros tiempos.

Desde la antigüedad y la Edad Media con Platón, Aristóteles, Plotino, San Agustín, hasta las modernas escuelas estéticas, alemana, francesa, escocesa, y la nueva escuela evolucionista inglesa, después de veinte siglos de estudios y de transformaciones, el concepto social del arte no había realizado progreso alguno. Idealista, espiritualista, metafísico, materialista, evolucionista, siempre había sido considerado respecto del individuo, como un ente en sí, sin ninguna relación con la sociedad; y el bien, lo moral, el ideal de la teoría platónica, llegado a ser, vuelta a vuelta, transformándose en apariencia más no en la esencia, la unidad de San Agustín, la sensación agradable de los sensualistas (la cual siendo útil al organismo tenía como fin último el bien); el infinito, lo absoluto de la escuela alemana; la belleza moral de la escuela escocesa y la elevación del alma hácia el misterio del infinito de la escuela francesa, perdura en todas las teorías estéticas, bajo formas más o menos diversas. Fué la escuela evolucionista inglesa con H. Spencer, la que aventuró la primera teoría estética positivamente científica; pero ésta, reduciendo el arte a un simple juego de las facultades representativas de la inteligencia, le negó, sin embargo, la importancia que debía tener en la sociedad.

En los mudados tiempos y en la agitación social de ese período de guerras nacionales en que el arte pudo mostrar claramente su fuerza y su influencia, se empezó a comprender su alta importancia; y G. Mazzini en Italia; V. Hugo en Francia, F. Schlegel en Alemania, instuyeron casi contemporáneamente la importancia de la función social del arte: concepto elevado a verdadera teoría estética por H. Teine, inaugurando en el estudio del arte ese positivismo que hasta entonces solo se había manifestado en la filosofía y en las ciencias sociales.

Este fué el primer verdadero impulso que debía tener sus consecuencias. Y surjió por obra de J. M. Guyau, la teoría del arte sociológico; y el arte empezó a ser considerado como una energía social que, conjuntamente con las otras, concurría a esa sinergía social que es la reunión de todas las fuerzas individuales hácia un solo y mismo fin social.

Y vino después Nietzsche, que atribuyó al arte el objeto de crear ilusiones y hacer simpatizar con los acontecimientos que hacen más completa la vida psicológica; y luego, Tolstoi que quiere el arte moral, religioso, que se dirija a todos y especialmente a los humildes; y después De Greef, Tarde, Destrée, Asturaro, etc., toda una nueva y vigorosa falange de modernos

sociólogos, los cuales conscientes de la gran importancia del fenómeno artístico en la sociedad, ven en su acción una fuerza poderosa de simpatía y de sociabilidad, capaz de integrar y de realizar, de consuno con las otras energías, la perfecta vida social.

IV.-El arte es un fenómeno de influencia social

El arte, además de ser concebido como una cosa y un producto social, debe concebirse también como una fuerza social activa, teniendo por lo tanto, una importancia social.

El arte tiene un poder «intuitivo», y no es raro el caso de descubrimientos científicos, de acontecimientos sociales, intuídos y pronunciados, siquiera por modo vago, que la ciencia después de tantos siglos ha venido a confirmar. Cada día se descubre en Dante una nueva intuición de hechos científicos, una nueva adivinación de acontecimientos sociales; y Shakespeare, y antes que él, los trágicos de la Grecia antigua y los pintores, especialmente los italianos del cuatrocientos y del quinientos, habían retratado y pintado los criminales, los obsesos, los histéricos, los enagenados, con aquellos mismos caracteres, que muchos siglos después, habían de ser confirmados por la antropología y la psiquiatría.

Y cuando el arte no «intuye», brinda un valiosísimo «auxilio» a las fuerzas sociales, haciéndose eco de las aspiraciones, reforzando las tendencias de una época, de una sociedad dada. El movimiento abolicionista de la esclavitud, como se sabe, ha sido poderosamente ayudado por el arte que ha acelerado mediante la conmoción del sentimiento, el fin de ese oprobio humano, el cual, sin embargo, había sido determinado por fuertes intereses materiales; la agitación por la paz, ha sido antes predicada por el arte; el feminismo, el socialismo, en suma, todos los problemas sociales de todo tiempo, de toda sociedad, han sido valiosa y constantemente auxiliados por el arte para desarrollarse y alcanzar sus objetos.

De aquí, la necesidad de un arte moral; y yo no entiendo esta moralidad como una restricción inútil e infecunda del objeto del arte, porque el arte que se inspira en la vida social, y representa a ésta, no puede olvidar ningún aspecto, siquiera torpe, de la vida; sino en el sentido ámplio y racional, de conformidad con los sentimientos sociales útiles, dominantes en una sociedad dada. El arte que ofende el sentimiento del pudor, como cierto arte decadente de estos últimos tiempos; el arte que exalta el militarismo, fuente de males morales y económicos incalculables; el arte que fomenta las discordias y mantiene los prejuicios; el arte que predica la crueldad y otros sentimientos contrarios a los principios humanitarios, constituye una verdadera acción inmoral, porque echa mano consciente y voluntariamente de su influencia para el mal.

El arte, tiene además una facultad de «transmisión» de los sentimientos que constituyen el reflejo en cierto tiempo, del clima histórico-social de un pueblo. La vida del hombre tan compleja, tan varía, a menudo tan íntima, no se inmoviliza, no se objetiva siempre en una intuición, en una ley. Su más íntima esencia que es, efectivamente, aquella que dá con sus peculiedaridades el verdadero carácter de la psíquis social, escapa por su vaga indeterminación a una valorización real, a un examen objetivo. Es el verdadero arte, justamente el que penetrando en la profundidad del alma de las generaciones humanas, sondea los más íntimos desvanes, y comprendiendo el sentido oculto y vago de las más fugitivas manifestaciones, le imprime en una forma menos caduca que servirá para transmitir a las generaciones venideras la verdadera y compleja alma de las generaciones pasadas.

De estas facultades de intuición, de auxilio, de transmisión del arte, surje evidente su influencia social. Por medio del sentimiento crea, refuerza las corrientes de simpatía entre hombres y hombres, entre pueblos y pueblos, poniendo en común sentimientos sociales útiles, formados bajo la influencia de una acción igual y común del arte. No son tan solo los intereses, los que rompen las barreras de las naciones hermanadas en las comunes necesidades económicas, sinó también las ideas, los sen-

timientos que, con la fuerza más vigorosa e íntima de la psíquis humana, forman en el mundo una sola nación, de los pueblos una sola humanidad.

Esta es la fuerza y la misión del arte.

A fines del siglo pasado, he advertido o me ha parecido advertir, en medio de la obscuridad y de la confusión, de manifestaciones y de ideas, algunos de esos puntos luminosos que aparecen en cada período social como faros hacia los cuales deberá orientarse la sociedad del porvenir. Y esos, a medida que progresa la sociedad en el eterno camino de los siglos, se acrecientan, hasta que, llegando a ser astros inmensos, iluminarán con una luz viva y gloriosa un nuevo mundo, una nueva sociedad, nuevas generaciones humanas.

En la estrecha concatenación e interdependencia de todos los fenómenos sociales, el arte, especialmente aquél que es reflejo de las condiciones del alma individual y colectiva, tiene una importancia suprema. Y hemos visto cuáles síntomas presenta el arte moderno. De ellos, cuáles tendencias se desarrollarán? ¿Cuál será el arte que verá el nuevo siglo?

Otros sentimientos, otras imágenes, otros horizontes.

Dr. Fausto SQUILLACE.

NUESTRA ACLARACION

Buenos Aires, 14 de marzo de 1917.

Los abajo firmados, se comprometen velar moral y materialmente por la revista «Alborada», la cual ha sido creada para la divulgación de ciencias, literatura y arte.

Al mismo tiempo contralorearán la marcha administrativa de la revista, que no será una empresa especulativa, porque sus fines son: una vez consolidada su vida, contribuir a la divulgación de la instrucción popular de acuerdo con las ideas que sostienen los que firman.

Se comprometen, además, a no permitir que esta publicación se transforme en una empresa individual, ni que se lucre con ella.

Directora — Administrador

Mercedes Gauna — Benigno Pereira

Victor Delfino.—A. N. Raíces.—Severo Bruno.—M. Campo.— Antonio Solis.—Juan Fentanes. — José Franco.—Ernesto Maddalena Marzulli.—Abraham Baivich.—Renato Ghía.—A. Arango.—José Campo.—F. P. Siciliano.

DE ADMINISTRACION

A los Suscriptores y Agentes.

Con el presente número termina la suscripción del primer trimestre, avisamos a todos los que están de acuerdo en seguir recibiéndola, se sirvan enviarnos el importe de la suscripción, a fin de no entorpecer la marcha de la revista. Infinidad de veces hemos pedido puntualidad a los agentes, pedido que volvemos a hacer, pues esta publicación no cuenta con más entradas que el importe de suscripciones y venta. Se hace necesario entonces, puntualidad en el envío del dinero; es lo único que pedimos a los compañeros.

El Administrador.

A los suscriptores y a los que deseen suscribirse desde el 1.o número, le avisamos que después del primer trimestre reimprimiremos el primer número actualmente agotado y «serviremos» todos los pedidos que se nos haga.

Otra. — A los que no les llegue la revista deben reclamar en el correo, pues nosotros envíamos a todos los suscriptores con puntualidad.

A fin de facilitar el orden administrativo, se pide a los compañeros del interior que al hacer pedidos y remitir valores lo hagan directamente a esta administración.

El Administrador.

NOTA

Toda obra que se remita por duplicado a la dirección de «Alborada», será objeto de un análisis bibliográfico.